



ACTO SEGUNDO

Una sala en casa de Inés. Harmonio ó piano; mobiliario muy elegante; objetos de arte, plantas, flores, asientos confortables, mesita para el té, algún retrato antiguo, bonito. Puerta grande al fondo; á la izquierda, puerta y ventana de cristalería; por la puerta del fondo debe verse un trozo de antesala, bien amueblada y decorada. A la derecha, puerta practicable, que se supone comunica con las habitaciones interiores. No exige este salón sujetarse á un estilo dado, pero deben verse en él riqueza, buen gusto y refinamiento.

ESCENA PRIMERA

JACOBO MONTEMOR, un CRIADO; después el CATEDRÁTICO DE DERECHO

JAC. (Entrando por la puerta del fondo, hablando al Criado que se encuentra en la antesala.) No; si la señora está arreglándose, no molestarla; no decirle siquiera que he llegado. ¿Entiendes? La espero tranquilamente aquí. Y la maletilla esa á mi habitación de costumbre... Y agua y toallas en ella.

CRIADO (Desde la antesala.) Muy bien, señorito Jacobo... Está aquí el señor de Ramosa, el catedrático, preguntando si puede pasar. Dice que ha visto al señorito apearse de la diligencia, y que desea saludarle en seguida.

- JAC. Que pase, que pase... Don Cecilio, entre usted.
- CAT. Hola, Jacobito, ¡bienvenido! ¡Qué alegrón! ¡Dichosos los ojos! Pero, hombre, ¿qué te haces? ¿qué es de tu vida?
- JAC. Ya sabe usted lo que sucede: se mete uno en la aldea; se embelesa con la familia; empieza uno á cuidar los cuatro ferrados de tierra que posee; se desacostumbra de venir al pueblo... y el día en que se ve precisado, un sacrificio.
- CAT. ¡Un viaje tan corto, tu hermana aquí y venderte tan caro! Te conviene dar tus vueltas, hasta por la política, que la tienes abandonada. Cuando vuelvan los nuestros...
- JAC. ¡Ah!, entonces... Eso le saca á uno de sus casillas. Tendré que irme por ahí de Poncio, sabe Dios á qué insula, como ya una vez me sucedió. En la oposición, al menos, descansamos, y se hacen economías.
- CAT. ¿Economías en la oposición? Al revés me las pintas, Jacobito.
- JAC. (Contrariado.) No crea usted, en esos puestos se gasta; hay compromisos de decoro... Y yo tengo que mirar por mi casa; recordará usted el estado en que me la dejaron mis padres.
- CAT. Gracias á la brillante boda de Inesita eso se ha arreglado.. Ella ha rehecho la ilustre casa de Montemor. Pensiones, lugares, foros, renta de centeno y de trigo... Todo lo recobró ella.
- JAC. Ella lo ha recobrado... para sí, naturalmente. No diré que no me ayudase á salvar lo poco que salvé...
- CAT. ¿Y para quién, sino para tus pequeños, ha de ser, con el tiempo, lo de tu hermana?
- JAC. ¡Bah! No me forjo ilusiones. Inés no se mantendrá viuda.
- CAT. La verdad es que no me asombraría que acertases, si nos atenemos á lo que se miente.

- JAC. (Con ansiedad.) ¿Qué, qué se miente por ahí? Vamos á ver, don Cecilio, usted que es una persona formal... en toda reserva.. ¡Usted comprenderá que no puede serme indiferente el porvenir de mi hermana! No le oculto que á eso vengo... Hasta la pacífica aldea de Montemor han llegado los rumores... Por Inés misma de nada estoy informado.. Esto aumenta mis recelos.
- CAT. No me extraña que llegasen allá las voces; aquí no se habla de otra cosa.
- JAC. Y... el... el sujeto... ¿qué especie de persona es?
- CAT. ¡Ah! Ese es el caballo de batalla: el sujeto.
- JAC. ¿Un estudiante? ¿El protegido del difunto Deán, que le dejó para la carrera? ¿Uno que vive pared por medio de nuestro jardín?
- CAT. Veo que no te faltan informes... Discípulo mío es también, y a poco, por causa de él, se me amotina la clase.
- JAC. ¿Se concibe en Inés tal desvarío?
- CAT. Se concibe perfectamente. Inés ya posee fortuna y nombre; nada de eso tiene que buscar. La halagarán... otras cosas. Sálvora —el estudiante se llama así— se ha hecho notar por sus rarezas; ser raro es ya ser alguien. Por ahí creen que el profesorado es enemigo suyo; que el claustro se le ha puesto de uñas, con objeto de que no termine la carrera. Novelas, Jacobito. Bernardo Sálvora nos divierte; no le tomamos por lo serio. Yo le creo inofensivo, y estoy seguro de que á los treinta será un muchacho tratable. Al gunas de sus extravagancias hasta me son simpáticas. A su edad, he pensado como él, he padecido igual sarampión. Me levantaba todas las mañanas con hipo de arreglar el mundo, esta condenada bola que rueda sin pedirnos permiso y sin hacernos caso... Los catedráticos de hogaño somos los mismos que quisimos apedrear á los catedráticos de

- ant año... ¡Quién se volviese á aquellos tiempos! ¡Yo sueño á veces que tiro piedras... y me da un gusto!
- JAC. Pero el tal Sálvora... será sencillamente un vividor.
- CAT. Nada de eso. No le conoces. Un infeliz. Por no saber vivir se ha fastidiado. El Deán, al legarle una rentita, le puso por condición que á la mayor edad tuviese terminada la carrera... y fué lo suficiente para que no se le antojase terminarla. Hizo alarde de estudiarlo todo, menos las asignaturas. Irritó á algunos profesores, que al fin son hombres y tienen debilidades; desalentó á otros, á mí me contestó por los cerros... Así y todo, si yo sé que se le causaba tal perjuicio, me cuadro y se le aprueba ¡á pesar suyo! No lo supimos hasta después.
- JAC. Lo que me está usted contando parece revelar en Sálvora ese maldito afán de originalidad que no repara en medios. Yo creo, sin embargo, que bajo capa de independencia lo que se propone es hacer de Inés escabel de su fortuna.
- CAT. No me atrevo á resolver... Hasta no sé si existen tales ideas de matrimonio... Nadie ve claro ese asunto... ¡Stt! Visita tenemos...

ESCENA II

DICHOS, el CRIADO, DOÑA TRASPASO, DALINDA; después INÉS

- CRIADO. Aquí hay unas señoras...
- D.^a TRAS. Felices los tengan ustedes... ¡Don Jacobo por aquí! ¡Bien hecho! ¡Muy bien hecho! ¿Y la señora? ¿Y el chiquitín?
- JAC. Los chiquitines dirá usted; ya son dos... Todos perfectamente. Por usted sí que no pasa día, doña Traspaso. Dalinda, ¿no se ha casado usted?

- DAL. (Escandalizada.) ¡Casarme!
- CAT. Como Jacobito no sabe que piensa usted tomar el velo en las Consoladoras...
- DAL. (Colérica.) Tampoco. Para vivir honradamente no es preciso ser casada ni monja. Y yo vivo como es debido. No todos pueden alabarse de otro tanto.
- JAC. (Aparte.) Con maligno retintín parece que lo ha dicho...
- CAT. Jacobito, estas señoras vendrán á hablar con Inés... Me despido. Después de la hora del almuerzo vendré á buscarte. A sus pies, señoras. (Vase.)
- D.^a TRAS. Nos hemos acercado con objeto de ver á Inés. La hora tal vez no es muy oportuna; Inés no madruga; lleva otro método de vida que nosotras... Pero nos dispensará, porque se trata de cosa que urge.
- DAL. Por supuesto...
- D.^a TRAS. Como la procesión y la fiesta son mañana...
- JAC. ¿Qué fiesta? ¡Ah! ¡Ya, ya lo creo! La fiesta de nuestra Virgen de la Azucena. ¡No digo nada! Una solemnidad en casa de Montemor. Aquí viene Inés, justamente... ¡Inés! (Inés luce un «deshabillé» elegante.)
- INÉS ¡Jacobito! ¿Pero cuando has llegado? ¿En qué piensan que no me avi-an? (A doña Traspaso y á Dalinda.) Ustedes perdonen... No sabía la venida de mi hermano.
- JAC. Dispuse que nada te dijesen... Estabas vistiéndote.
- D.^a TRAS. (A Dalinda.) ¡A eso llama vestirse! ¡Los brazos al aire, el cuello descubierto...!
- DAL. ¡Y qué olor tan fuerte! Una esencia que tra-torna.
- D.^a TRAS. ¡Tan compuesta á estas horas! Yo, por la mañana, para pelear con la criada, gasto una chambrita.
- INÉS Señoras: pido excusas... El encontrar de sorpresa á mi hermano... Estoy á sus órdenes.

- D.^a TRAS. Se la felicita por la llegada de don Jacobo. Bien están los hermanos dando sombra a las hermanas, que á la que ampara un padre ó un hermano, nadie se le atreve.
- INÉS Y á ustedes, que no tienen hermano ni padre, ¿se les atreven, sin duda?
- D.^a TRAS. ¡Qué cosas dice! ¡Cuando una es formal!...
- INÉS Según eso, ¿las demás no lo somos? Yo soy dueña de mí; no necesito que me amparen. En fin: ¿quieren explicarme el objeto de esta impensada visita?
- D.^a TRAS. A eso vamos... No le parezca mal, no se disguste... La señora Presidente de nuestra Santa Cofradía de la Azucena nos encarga digamos á usted que han pintado la efigie de la Virgen ..
- INÉS Falta le hacía á mi bendita Patrona... Yo pago el importe de la pintura con mucho gusto.
- D.^a TRAS. (Sin atender.) Y como está fresca la pintura aún, no puede venir aquí la imagen.
- INÉS (Sobresaltada.) ¿Qué? ¿No va á venir, como siempre, la Virgen á que la vista su camarera? Tengo listo el manto bordado de plata que le regalo y estrenará en la procesión.
- D.^a TRAS. Lo que es este año... no vendrá la Señora.
- DAL. Por supuesto.
- INÉS Si se estropea la pintura costearé otra. A la Virgen de la Azucena la visten, desde tiempo inmemorial, las mujeres de la familia de Montemor. Yo he heredado ese cargo; y cuando perdí á mi madre, (Conmoviéndose.) en mi situación difícil, solicité la protección de la Virgen de la Azucena, y me la concedió...
- D.^a TRAS. Qué quiere usted... Tras un tiempo viene otro, hija mía.
- DAL. Por supuesto...
- INÉS Eso no puede ser... No lo consentiré de ningún modo... Dígales á la señora Presidente, á las señoras de la Junta, que no renuncio á mi derecho, y que la camarera mayor,

- según costumbre, esperará hoy á la Virgen, con la casa colgada é iluminada, el oratorio encendido y el refresco prevenido para los porteadores de las andas.
- D.^a TRAS. Será inútil... La señora Presidente pasará á usted un oficio notificándola el acuerdo de la Junta, asesorada por los señores Consiliarios.
- INÉS (Levantándose.) ¡Ah!
- JAC. (Levantándose igualmente.) Pues, doña Traspaso, permítame que le diga que la Presidente por ahí debió empezar... Un acuerdo tan serio no se comunica por recaditos oficiosos de personas que ni de la Junta forman parte. De venir alguien, pudo molestarle la Presidente, como se molesta cuando hay que solicitar algún auxilio para sacar á la Cofradía de apuros.
- D.^a TRAS. Nosotras, con buena intención...
- DAL. Por supuesto...
- JAC. Si, ya conocemos esas buenas intenciones: ¡intenciones buenas... de obras malas! ¡Enterados quedamos, señoras! (Las guía hacia la puerta.)
- D.^a TRAS. (A Dalinda.) ¡Ay, Jesús! ¡Nos echan! Quedan hechos unos dragones.
- DAL. (Satisfecha.) ¡Por supuesto!

ESCENA III

INÉS y JACOBO

- (Inés se sienta, dando indicios de viva contrariedad; Jacobo permanece en pie, ceñudo. Momentos de silencio.)
- JAC. Los hechos demuestran, Inés, que, como decía ese par de brujas, aunque viuda y libre, puede convenirte la sombra de tu hermano. Este recado que te trajeron, es una grave ofensa.
- INÉS ¡En mi propia casa! ¡Un privilegio de nues-

- tra familiar ¡Yo, que en los tiempos de nuestras estrecheces me privaba de todo por engalanar á la Santa Imagen!
- JAC. No comprendo tu extrañeza, hermana. Hora y media hace que estoy aquí, y antes de presenciar esta escena, adivinaba que, en cualquier forma, llegaría hasta ti la pública reprobación... Perdona si me expreso con rudeza... me duele molestarte; pero, si lo meditas, descartando la malignidad de esas pécoras, no debe sorprenderte que nuestra Patrona, á quien vistieron las manos de nuestra madre, no venga hoy para que la vistas tú con las tuyas.
- INÉS Hermano: ¿qué estás diciendo?
- JAC. Apelo á tí misma. ¿Es falso lo que corre por ahí?
- INÉS ¿Y qué corre?
- JAC. Tus relaciones misteriosas con un hombre que te pone en evidencia.
- INÉS Soy viuda y él soltero.
- JAC. ¿Por qué entonces el misterio, Inés? Dueña eres de tu albedrío, y, sin embargo, no sales á luz esa intimidad. ¿Quieres que te diga por qué? Porque se trata de un hombre socialmente inferior á tí, sin oficio ni beneficio, sobrino de una criada; porque tú percibes el mal gusto, la inconveniencia de tales relaciones, y el misterio da á tu inclinación color de ilícita, y así, á mansalva, las vibras te muerden.
- INÉS ¿Conoces tú á Bernardo Sálvora?
- JAC. De vista le conocí en otro tiempo... Como no vivo aquí...
- INÉS ¿Sabes lo que vale?
- JAC. ¡No, no lo sé! Y tampoco lo sabes tú, ni lo sabrá nadie, por ahora. Ese chico es una incógnita. Cada Universidad, cada pueblo tiene de estos grandes hombres en agraz, y fantasea con ellos lo que jamás resulta.
- INÉS ¡Bernardo hará cosas notables, créelo!

- JAC. Cuando vea siquiera una, convencido.
- INÉS ¿No es algo ya haber subido hasta mí?
- JAC. No es que haya subido; es que tú... te bajaste... sin notarlo... No te ofusques. Si tuvieses tanta fe en él, casados estaríais.
- INÉS Puede que no lo creas. Ni palabra de bodas me ha dicho.
- JAC. ¿Y tú?
- INÉS Yo... tampoco... tampoco pensé en bodas...
- JAC. ¿Lo ves? No estás decidida. Lo absurdo de la cosa te salta á los ojos. ¡No te atreves!
- INÉS Bernardo se labrará su posición, será lo que quiera ser.
- JAC. ¿Y si nada es? ¿Si en nada se queda, como tantos?
- INÉS No admito la posibilidad.

ESCENA IV

DICHOS y el CRIADO; después BERNARDO

- CRIADO El señorito de Sálvora. (Casi al oído de Inés.)
- INÉS (Con impaciencia.) ¿Por qué no lo dice usted alto? ¡Adelante, Bernardo, adelante! (Con energía.) Aquí tiene usted á Jacobo, á mi hermano. Creo que no le conoce á usted.
- BER. Ni me conocera aunque usted me presente. Mi aspecto, á lo sumo, podrá conocer; lo exterior, lo visible.
- INÉS (Aparte.) ¡Qué desaliñado viene! No puede hacerle á Jacobo favorable impresión.
- JAC. (Aparte.) ¡Vaya unas trazas! ¡Y qué impertinente suficiencia! (Alto.) Señor de Sálvora: me alegro conocer de usted lo que usted tolere que yo conozca... Mi hermana afirma que tiene usted un brillante porvenir.
- BER. ¡Peh! El porvenir lo hacemos en colaboración con el acaso. El trabaja con los ojos cerrados, y acierta más que nosotros con los ojos abiertos.

- JAC. ¿No tiene usted planes, propósitos?
 BER. Si entiende usted por planes algo concreto, definido, por consecuencia limitado, ¡no! Piense usted en lo que quiera; pregúnteme si es eso lo que quiero... y le responderé invariablemente: ¡No es eso! ¡Es más! ¡Es infinitamente más!
- JAC. Mi corto entendimiento no alcanza adonde se remontan sus ambiciones.
 BER. Es natural. Lo suponía.
 JAC. Verá usted... Hay que explicarse... El hecho puede reconocer dos causas: incapacidad mía... ó vanidad fantástica de usted.
 BER. Llamamos vanidad ajena á lo que rebasa de nuestra concepción del vivir.
 INÉS. (Aparte á Bernardo.) ¡Por Dios... un poco de cortesía, al menos!
 JAC. Señor don Bernardo... ventilaremos ese punto. Acabo de llegar y necesito arreglarme un poco antes de la hora del almuerzo. (No me contendría. ¡Que se hablen bajo delante de mí!) Hasta pronto, Inés. Ya nos veremos más despacio, Sálvora.

ESCENA V

INÉS y BERNARDO

- BER. (Acercándose vivamente.) Lucero, sol, mírame con esos ojos. ¡Qué simpático es tu hermano, que se enoja y se va! ¡Así no vuelva! Fabriquemos un planeta donde quepamos únicamente los dos.
 INÉS. Déjate un momento de locuras...
 BER. ¿Qué me propones? Lo que llamas locura es razón, y lo que llamas cordura, tontería. ¿De qué monumental bobada quieres que tratemos formalmente?
 INÉS. ¿De qué ha de ser? De tí... De mí...

- BER. Tú y yo juntos: buen comienzo de cordura, Inés. ¡Juntos... y cuerdos! Antes separados.
 INÉS. No, atiende, que va de veras.
 BER. ¿De veras? Se apaga el fuego de tus ojos, se encoge el capullo de tu boca... Cuerda estás... Acaso tu locura no era sino disfraz carnavalesco de tu cordura; calaverada breve y romántica de un espíritu sensato, burgués.
 INÉS. Bernardo: mi hermano dice...
 BER. Cuando tu hermano se retiró creí que me dejaba contigo. Por lo visto permanece aquí; estoy lidiando con él aún.
 INÉS. ¡Oh, si gustas, que mi hermano no ha desplegado los labios; que soy yo quien te interpele. Bernardo, ¿qué piensas hacer? No vamos á pasar la vida así.
 BER. Tal vez no... Tal vez la dicha es de suyo corta... Su tela de oro es rompediza...
 INÉS. ¿No reconoces que debes crearte alguna posición, aunque no sea la que corresponde á tus aspiraciones, que, para decir verdad, no sabemos en qué consisten? ¿Por qué no obtienes algo en espera del más?
 BER. Y si respondo no... ¿qué replicarás tú?
 INÉS. Que... que esto no lleva camino; que es preciso avenirse á la realidad; que me veré precisada á adoptar alguna determinación... sería; que me convenceré de que... ¡de que habíamos soñado!
 BER. ¡Soñar es bastante, Inés! Lo que tú, también tú, llamas realidad, es quizás sombra de sueño. Y así como la realidad lo encoge, lo amengua todo... el sueño todo lo da colmado.
 INÉS. Reflexiona, Bernardo; entiéndeme... Con ese talentazo, ¿por qué no te haces cargo de las cosas? Yo lamento tener que decirte...
 BER. (Tapándole la boca con la palma de la mano.) ¡Silencio! Inés, sé de memoria la relación, y voy á soltártela, evitándote la molestia de hacerlo tú, para que veas que no es que no

- me haga cargo, sino que desdén. Oye... ¡Allá va la retahilal... La gente que gruñe y se prepara á morder, si ya no lo hizo; tu hermano, que invoca la vanidad del linaje; tu orgullo de patricia, que se subleva; tu sentido práctico de mujer, que te avisa que es preciso utilizar las facultades y que yo las derrocho; la fuerza del criterio común, al cual el nuestro tiene por fin que doblegarse... ¿No era eso lo que iba á salir de la flor bermeja de tus labios? ¿No era eso? Pues ya no necesitas profanar el panal de miel... Bocas como la tuya sólo deben murmurar desfalleciendo un ¡te amo!
- INÉS Ya que te encargaste de proclamar las verdades, venga la respuesta.
- BER. Hasta responder sería mísero.
- INÉS ¿Y si yo te lo suplicase?
- BER. ¡Suplicándote está mi alma que la entiendas... que con ella vules... y tú, firme, arraigada en la tierra dura y tosca! Escucha: yo desprecio eso que llamas posición. Hacia otra cosa me dirijo...
- INÉS Pero esa otra cosa, ¿qué forma, qué nombre tiene?
- BER. ¡Mil nombres, mil formas vagas!... Acaso, un instante, revistió la tuya... Creí que fueses lo infinito. ¡Ya veo que no! Mi maga del jardín pide que me cree una posición social. Quiere que yo empiece á disponerme para llegar á ser, como su hermano, Gobernador civil.
- INÉS ¡Bernardo! Me hiere tu ironía. No sé si eres inconsciente, maligno ó insensato.
- BER. Basta, Inés bella. La fórmula del amor es como la del genio. ¡Más, siempre más! Y sobre tu corazón leo yo ahora claramente, al través de la tela de tu vestido, el signo menos. (Lo dibuja en el aire con la mano.)
- INÉS Contra todos, contra todo, no triunfarás, Bernardo.

- BER. ¡Si no pretendo ir contra todos! Quiero ir por fuera, por cima de todos. No lucho; vuelo.
- INÉS Deliras.
- BER. ¡Calculas!
- INÉS ¡Nada quieres hacer por mi: nada te merecê Inés!
- BER. ¡Pidiérasme, Inés, que dilatase mi ser, que por tí acometiese gigantes empresas... y lo intentaría y escalaría el cielo para traer te un astro que te clavases entre los rizos!... Pero lo que exiges es que me aminore, que entierre mi ideal en el barro que los pies pisan. Me pides lo posible... ¡Atrévete á pedirme lo imposible, y verás!
- INÉS Te arrepentirás, Bernardo. La vida enseña.
- BER. La vida mata.
- INÉS Y también sana. ¡Esa es mi esperanza única! No sé si algún día podré curar. Lo intentaré... ¡Es preciso que lo intente! (Hace ademán de retirarse por la puerta de la derecha; pero Bernardo se adelanta, la saluda inclinándose, y sale por la puerta del fondo.)

ESCENA VI

INÉS; después JACOBO y DON CARMELO

- INÉS (Paseando agitada.) No puede ser... No hay medio de entenderse... Más vale así... Era irrealizable... No sé qué tengo. Necesito aire... (va hacia la ventana, la abre y se asoma.)
- JAC. ¡Inés! ¡Inés! ¿Qué es eso? ¿Sálvora se ha ido?
- INÉS Sí... (Afectando indiferencia.) Me encargó que le despidiese.
- JAC. Aquí tienes á tu profesor de canto...
- D. CAN. (Tímidamente.) No me atrevía á entrar sin permiso...
- INÉS Siempre le veo á usted con gusto, don Carmelo... (Excitada.) No es que tenga muchas

ganas de estudiar, ¿eh? Nada de eso... Pero un poco de música me vendrá de molde... Siéntese usted y toque... Algo de Beethoven, ¿sí?... Algo de la novena sinfonía... O algo de lo que usted ha compuesto, y que es tan bonito...

(Don Carmelo obedece, y ejecuta una sonata sentimental, corta y escogida. Antes de que termine la sonata, Inés se levanta, y casi gritando exclama.)

INÉS

¡No siga usted! ¡No siga, por Dios!

JAC.

(Corriendo á ella.) ¿Qué tienes? ¿Te has puesto mala?

INÉS

(Rompiendo á llorar nerviosamente.) ¡Sácame de aquí, hermano! ¡De esta casa, de este jardín, de este pueblo!

JAC.

(Bajo.) A Montemor... Esta misma tarde.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Horas, las primeras de la tarde

ESCENA PRIMERA

SOCORRO, que sale de la casa con un jarro de barro para llenarlo en la fuente; SARMIENTO, que entra por la puerta del fondo, la cual estará abierta.

SAR. Hola, simpática... Te encuentro más bonita... ¿Está Bernardo?

SOC. Sí, señor!.. En su cuarto, leyendo.

SAR. Llámale. . dile que soy yo, Sarmiento, que pregunto por él. Que si baja, ó si prefiere que yo suba.

SOC. No sé si tendrá muchas ganas de ver gente.

SAR. ¿Por qué? ¿Se halla enfermo?

SOC. Enfermo, no... Así como triston. Apenas habla.

SAR. No le hace, avisale... Desde aquí mismo. ¿No es esa la ventana de su cuarto? Le das una voz.

SOC. Désela usted... yo no me atrevo.

SAR. (Bajo el emparrado.) ¡Pobre criatura! (Gritando.) ¡Bernardo! ¡Eh! ¡Bernardo! Baja, ó si te molesta, subiré.

BER. (Desde dentro, sin abrir la ventana.) ¿Quién me llama? ¿Sarmiento? Espera. Allá voy.